

Apoltronada, desplomada contra el difunto, estrechando sus dedos fríos y pálidos, Sofía Verneuil aullaba bajo sus gasas, como una viuda de tragedia. Desde hacía veinte años vivía separada de su marido, que la despreciaba y á quien ella calumniaba, pero en este instante por nada del mundo hubiera cedido su plaza de desolación. Había adoptado un sistema de suspirar que la fatigaba menos, lanzando, tras uno grande tres pequeños, y además tartamudeaba una melopea en que se mezclaban los recuerdos del pasado y la esperanza de un vago revivir después de la muerte.

A derecha é izquierda estaban sus dos antiguos amantes más notorios, el duque de Fonteroy, muy acompasado, y Felipe Aubryet, con su cabeza de cómico metida por las espaldas, parecida á la de una cariátide. Grande y delgado, menos tonto que su hijo, el noble Fonteroy tenía la línea de Don Quijote. Su nariz saliente, sus cabellos rubios por unos sitios, blancos por otros, sus ojos amarillos y su barba aguda, le daban un aspecto de pájaro, de garza. El padre Aubryet estaba orgulloso de hacer *pendant* con este gentil-hombre, y se había formado una cara de circunstancias, afligida pero valerosa, que parecía revelar el conocimiento de todas las fatalidades y estar presto á sufrirlas.

Había á la cabecera del lecho una alcoba tapada por una cortina, y en un movimiento de esta, Ignacio divisó detrás con satisfacción á Laura Montmélian, que había pedido á su querida Sofía le permitiera estar en aquel sitio para desde él, sin ser vista, presenciar y «saborear» el fúnebre espectáculo. Así, tal como María tenía previsto, «La Intempestiva» faltaba á sus promesas de discreción y de abstención.

Algunos instantes después Francisco y Juana se aproximaron á la inconsolable Sofía. Ignacio oyó murmurar á su amigo: «El Notario está ahí». Inmediatamente desapareció la bohemia y ocupó su plaza Juana, vestida de negro, que le estaba muy bien, por que resaltaba más su cutis blanco y rosa. No lloraba, por que esto no era distinguido, pero miraba el cuerpo de su padre con un gesto melancólico. Conocía muy poco y mal á aquél viejo tendido entre crisantemas, medio glorioso, cuya muerte parecía sentirse, pero que sería olvidada al día siguiente.

Francisco mostraba una buena actitud, decente y tranquila, de yerno interino. A Darnot que le perseguía haciéndole preguntas le respondió sin rodearse: «Yo he encargado mil». Se refería á las esquelas dando parte de la defunción de Verneuil.

Sofía volvió pronto. La decepción había secado sus lágrimas. Suspirando dijo al pasar al lado de su hija: «Nada, ó casi nada». Juana dirigió una mirada á su amante, y éste no pudo reprimir un «¡ah!» de descontento.

Esta breve escena muda encantó á Salientés, para quien no pasó inadvertida.

Ahogándose en su escondrijo, Laura Montmélian había descorrido la cortina que la ocultaba, y ahora ya lloraba al descubierta. Ursneur correteaba de una parte para otra, y su gran figura inquieta se inclinó ante tanta piedad.

Un ruido que venía del taller distrajo á todo el mundo. «¿Que será esto?» se preguntó el pintor. Era que estaban colocando el piano al otro lado de la pared, por orden de la viuda. Pianista como era, no quería que su amado Verneuil emprendiera el

gran viaje sin un pequeño «aire» que le reconfortaría. Se levantó por segunda vez, ahora ya con otro visaje y tapándose los ojos como para contener su dolor.

—Voy á tocar la marcha fúnebre de *Siegfredo*—dijo—era la que él prefería.—Después más bajo, añadió en un gran suspiro:—Desgraciadamente no tengo ya dedos para eso.

—Es admirable—declaró Aubryet padre á Aubryet hijo. Y luego repitió la misma frase á Gustavo y Roberto Charamol que pasaban con otros á la pieza vecina para la audición. Hubiera querido arreglar esta emocionante, esta dramática escena, agrupar las figuras á su gusto, completar la obscuridad y encender las luces. «Esta media claridad no está bien, es demasiado cruda...» Iba, venía, mostraba á cada uno á Clotilde, su mujer, cuyos ojos curiosos brillaban allá en el fondo, siguiendo de lejos á su hijo. «Es ella... ¿cómo he podido yo abandonarla, vivir sin su compañía? ¿Cuál es la falsa vergüenza que me contiene, que me impide echarme á sus pies?...

Nadie le contestaba, pues su notoriedad y las circunstancias del momento se imponían á los sencillos interrogados. Se sentó, y apoyada la cara en sus manos flacas, se resignó momentáneamente al silencio.

En tanto el muerto estaba abandonado, encomendado solamente á Laura, que no había osado salir completamente de su alcoba, que no podía tampoco arrodillarse á rezar por él, por que era librepensadora, y que estaba irritadísima por la poca atención que se concedía á su persona.

Sofía tocaba vigorosamente, su larga cabeza de

Juno echada hacia atrás, la cara llena de afeites y lágrimas. Levantaba sobre el teclado sus gruesos dedos cargados de sortijas y luego los dejaba caer con impetuosidad para hacer honor á *Siegfredo* y á Verneuil. Dejaba desenfrenadas en torno del ollero de Montmartre las ondas sonoras reservadas al héroe de los Niebelungos. Se apropiaba aquellos sentimientos líricos y legendarios. El trueno rodaba por el *hall*, entraba en el cuarto mortuario, fijaba á Laura en una admiración estática, pero no despertaba el cadáver. Ahora Felipe Aubryet lloraba también, pero como se hace en el teatro, con una discreción afectada, las manos unidas tapando el rostro, el cuerpo agitado por un temblor convulsivo. Viendo á este viejo tan expansivo impresionado de aquel modo, varios discípulos de ambos sexos imitaron su ejemplo, é igual hicieron los hermanos Charamol, Ursneur y hasta Francisco mismo. Ya era tiempo de que Sofía suspendiera la música. El duelo era universal.

—Pare V. y mire... esto es más elocuente que todo... — Y Felipe Aubryet mostraba sus ojos hinchados y enrojecidos á la pianista anonadada. Todos se acercaron luego á ella, como en un concierto, á felicitarla y á darla las gracias. Satisfecha del deber cumplido, ella volvió después á la capilla ardiente.

Para Ignacio todo aquello era ya bastante. Salió y respiró con placer el aire de la calle, ya de noche, una noche de viento. Pero no pudo huir todo lo de prisa que hubiera querido, por impedirselo Gustavo Charamol, que tenía que exponerle una teoría:

—¿Sabe V., querido,—le dijo el exministro—lo que dá grandeza á las agonías, á los lechos mor-

tuorios y á las catástrofes? Pues no es la idea de Dios, de un Dios imbécil y dominador que castiga á los amantes de la vida; no es tampoco la fatalidad que tal vez no pasa de ser un ídolo más ó una asechanza en la ruta humana...

Ignacio no supo jamás lo que era, porque á partir de esta última palabra dejó de escuchar, repitiéndose, para ahogar el rumor de tantas voces vanas: «¡Estúpido... anda, habla, habla siempre, sin parar, más que estúpido!...»

Luego decía el pintor que desde la calle de los Sauces á su domicilio, calle de Lepic, donde le había dejado su acompañante, había repetido esa inyectiva ciento treinta y tres veces. Esta era su manera de escapar de los latosos.

*
* *

Ocho días después de los funerales de Verneuil, Francisco, Juana y Darnot se instalaron magníficamente en el segundo piso del número 35 de la plaza de Vendôme.

—¡Esto es inaudito ¿eh Juana? haber en este barrio un piso segundo por doce mil francos!—decía Francisco paseándose á través de las vastas piezas en que se activaban, bajo las órdenes del fiel Marcos, las obras de pintura, de tapicería, de decoración. Luego repetía el mismo Francisco:

—Después que hayamos salido del luto riguroso, podremos dar aquí hermosas fiestas. Por los Fonteroy tendremos á todo París. Papá nos procurará artistas... y yo me encargo de lo demás.

Había conservado de su infancia una risa añorada y franca que daba una expresión más alegre

á su cara gastada, y ahora hizo uso de ella. La vida le parecía abierta y fácil. De sus ciento cincuenta mil francos, después de tres meses de viaje y del lamentable error de las minas de Granada, le quedaban ciento veinte billetes de á mil, que no debían nada á nadie. Además, esperaba trabajar en los periódicos (¿qué Director se negaría á admitir un artículo semanal de trescientos francos al hijo de Felipe Aubryet?), jugar á la Bolsa, negociar con cuadros y objetos de arte. Seis meses en París le bastaban para doblar su capital. ¿No era él de los que se desembrollan siempre?

El programa de aquella semana lo trazaba así:

«Lunes y miércoles... Se ocuparía del divorcio, vería á los abogados, á los notarios, daría contestaciones. Contaba, sin dejar de ser un hombre distinguido, impedir que le engañasen. Reclamaría enérgicamente las tapicerías, los libros, los objetos todos que le pertenecieran y que María había llevado á casa de su madre. Esto sería fácil, porque él conservaba lista de todo.

«Martes, jueves y sábado... Se dedicaría al negocio, colocaría sus ciento veinte mil francos.»

Viernes... Literatura.»

Domingo... Descanso y paseo.»

Juana aprobaba este programa de vida. Se repartían la tarea. Ella se encargaba de la adquisición de los muebles más indispensables. Los demás los irían comprando después. Francisco se reservaba la elección de papel, pinturas, ornamentos y tapicería. Darnot vigilaría la ejecución de todo, se entendería con los procuradores, obtendría descuentos. Los salones «serían» Imperio, los

dormitorios Luis XVI, el comedor estilo inglés; había que pensarlo todo. Los gastos de primera intención no habrían de pasar de veinticinco mil francos.

Sin embargo, les pareció indispensable procurarse inmediatamente un automóvil y un maquinista para él: «Marcos conoce una casa que pone á disposición de la clientela excelentes coches del último tipo, con un cincuenta por ciento de rebaja.»

Marcos descubría siempre estas gangas. Victor y Lucía, los criados, eran también hallazgo de él. Así, admirados de su prestigio en la casa, le obedecían sin titubear, y á él, no á la señora, muy por encima de tales miserias, por otra parte, sometían las cuentas del panadero, del carnicero, de la tienda de ultramarinos, todo el pequeño tráfico de la vida doméstica.

Sylvain, el maquinista del automóvil, recibió una librea de lacayo para las carreras, y Marcos cerró los ojos ante este gasto, pero no permitía sisas. El mismo distribuía las velas, el azúcar; tenía las llaves de todo, y cada mañana daba al ama de gobierno sus órdenes. Se oía en las habitaciones, aún vacías, su voz breve y cortante, que no admitía réplicas.

En tanto Juana recorría los almacenes perfeccionando su luto. La proximidad de la calle de la Paz multiplicaba sus tentaciones. Había pedido á su madre, por distraerla y aminorar su gran pena, que la ayudara en su labor, y Sofía llegaba todos los días á la hora de almorzar, se instalaba después daba dos vueltas por las calles con su hija, volvía con ella á comer, y marchaba, ya tarde, á las alturas del boulevard de Clichy. Como no es-

taba aún amueblado el comedor, hacía las veces de tal otra habitación, en casa de Francisco.

Este soportaba sin placer la perpétua presencia allí de su robusta suegra, que era un tanto glotona y no cesaba de comer, de beber, de hablar, de interpelar á los criados con el pretexto de que habían servido antaño en casa de ella. Al segundo plato estaba roja, y á los postres negra. Entonces se enternecía, lloriqueaba, explicaba su carácter, su desgraciada existencia mal comprendida, los sucesos importantes en los cuales ella había estado mezclada. Se mostraba orgullosa de sus enredos con Aubryet, padre, y con el duque de Fonteroy, de sus escapatorias, de sus viajes, y sin nombrar á nadie designaba tan claramente á los héroes de sus aventuras, que no era posible equivocarse. «El señor que me acompañaba era un verdadero aristócrata. Me hallaba tan bella, que no me dejaba ni cantar, para que no se afearan las líneas de mi cara... En la calle me ocurría muy frecuentemente irseguida por cuatro hombres...»

Juana reía escuchando estas historias, metida en su cómodo vestido de encaje, los codos sobre la mesa, encendiendo un pitillo, llena ahora de una tierna admiración por «mamá, ocurrente y sublime», á quien tres meses antes llamaba intolerable y azote de su juventud. Enviaba á buscar *Champagne* para la vieja y la llenaba de golosinas los bolsillos. La hacía depositaria de sus secretos, la contaba chanzas y ocurrencias un tanto arriesgadas. Y al marchar deslizaba en su portamonedas dos ó tres luíses.

Generalmente Sofía suplicaba á Darnot que la acompañara, y esto desolaba al secretario, que no

sabía qué pretexto inventar para librarse del servicio, porque sentía sobre sí la sonrisa anbigua de Juana, á quien él amaba, que conocía su pasado, y que podía suponer que aún existía algo entre él y su gruesa bienhechora.

—Vamos; Marcos, mozo mío, sea V. galante. Ayúdeme á subir á mi choza—llamaba así al piso en que vivía.—¡No está V. poco perplejo! Algún día me hubiera llevado desde luego en brazos. ¡Es verdad que entonces no estaba yo tan gruesa!

Una ó dos veces Francisco se permitió hacer observaciones sobre las frecuentes visitas de la que todavía no era legalmente su suegra, pero Juana le contestó con vivacidad.

—Tu soportabas á Laura Montmelian, que es una imbécil. Te pido que seas transigente con mamá, que es una artista.

—¡Oh, una artista!

—Perfecta, querido. Ha acompañado á Rubinstein al piano. No es justo que porque tu madre sea una mujer sin cultura y sin ideal, vayas á despreciar á las que procuran elevarse muy por encima de ciertas necesidades.

Clotilde Aubryet, muy celosa de Sofía, afectaba, por contraste, una extrema discreción. Ella también aceptaba como legítimo este concubinato, pero no iba á la plaza de Vendôme más que cuando era expresamente invitada, y si se insistía por retenerla, declaraba con un aire de fingida indiferencia y con una voz aguda, inflando un carrillo con la punta de la lengua: «Los matrimonios nuevos necesitan soledad y tranquilidad para atenderse, y yo tendría escrúpulos de estar entre vosotros estorbándoos.» Estas palabras la parecían la

mejor alusión. Por otra parte, aunque le gustaban las peloterías, las escenas violentas, las explicaciones, no se atrevía aún á contradecir á su futura nuera directamente, á lanzar á Sofía uno de esos dardos venenosos que eran su especialidad. Terriblemente gastadora, tenía que limitarse para sus vanidades á sus endeble recursos personales, porque no podía contar con seguridad con los de su hermana Enriqueta, la caprichosa aquella que iba de un extremo al otro, del desprendimiento ciego, á la avaricia más completa. Había intentado varias veces atacar la caja de su marido Felipe Aubryet, pero el viejo dramaturgo, pródigo en protestas de recuerdo y de ternura, era duro de pelar. Siempre tenía á mano un motivo patético para negar, ó cuando menos para reducir mucho las peticiones.

Por lo que pudiera valer, Clotilde había ido haciendo grandes amistades con Darnot, tratando bien á este individuo habituado á los desprecios y sensible á las consideraciones. Por él estaba al corriente de los gastos secretos de la casa y de los proyectos de Francisco y Juana. Se entendían Clotilde y Darnot por la bellaquería de ambos, por su falta de escrúpulos, por la común antipatía hacia Sofía, á quien deseaban eliminar de allí, para lo cual combinaban los medios disimuladamente.

Juana se apercebía alguna vez de aquella campaña secreta, pero no la temía apenas. La bastaban algunas palabras para volver á su amante á la obediencia. «Lo importante—decía á su madre cuando hablaban de esto,—es que yo no olvide el látigo...» Esperaba el divorcio con impaciencia, porque aunque se consideraba ya como la legítima señora de Aubryet, pasaba las penas del mundo

para dar en las tiendas esta humillante dirección: «La señora Verneuil, 35, plaza de Vendôme...» Estaba dominada por un frenesí de elegancia; sufría con el luto á que estaba condenada momentáneamente, é iba y volvía á casa de las modistas, á las tiendas, se probaba por puro placer del instante capas de un precio fabuloso, se hacía enseñar collares, brazaletes, sortijas, que volvía enseguida con un suspiro á las manos de los comerciantes.

Un día no pudo resistir la tentación y compró en casa de Heinsdruck, el gran joyero, un solitario de tres mil francos. Otra vez se quedó con un abrigo de piel de zorro negro, que le fué ofrecido por Francisco enternecido, y que costó mil quinientos francos. En fin, en otra ocasión, se dejó llevar de su locura y compró un «vestido sencillo» de seda negra con adornos de azabache, que las magnánimas hermanas Lacaussade le dieron por la insignificante cantidad de mil ochocientos francos.

—Tienes razón, pequeña mía. No siempre serás joven, y tu padre no se ocupaba bastante de tí, para que tú le guardes ahora el luto hasta la primavera.

Tal fué el consejo de Sofía, en tanto que tomaban nota de la compra hecha.

Francisco seguía asiduamente en los negocios con Darnot, en las ventas de objetos artísticos. «Descubría» ocasiones soberbias, pero se batía prudentemente en retirada en cuanto las cifras pasaban de un cierto nivel. Asistía á las pujas en las almonedas, impasible, examinaba las piezas como conocedor de ellas, luego las pasaba á manos de su amigo, á las de sus vecinos, discutía las estimacio-

nes del tasador. Cuando se decidía á hacer una adquisición, vigilaba él mismo el embalaje, exponía en alta voz los motivos de su preferencia, atribuyendo una gran superioridad á su compra.

Su divorcio, en suspenso, no le ocupaba apenas; había encargado á su madre de retirar de la comunidad lo que fuera de él, y Clotilde se dedicaba á esta misión con un celo tanto más vivo, cuanto que la gustaban las trampas, los ardides, el arte de enredar á los hombres de leyes. Era para ella una verdadera diversión contrariar los deseos de Laura Montmelian y de María por medio de un abogado, reclamar los libros, la plata, las alhajas, discutir las facturas, las memorias.

Libre de estas cansadas tareas sin objeto, Francisco, después de algunas idas á casa de su sastre y de hacer algunas compras para la suya, iba á uno de esos tés de las cinco de la tarde, que son el recurso de los desocupados de ambos sexos. Algunas veces se citaba con Juana y su madre, y se impacientaba esperándolas, pues ellas llegaban siempre con retraso. Veía desfilar caras conocidas de señores de título, de señoras de la alta sociedad, cuyos nombres sabía, y á quienes no desesperaba de poder invitar y recibir cuando fuera muy rico y célebre. Pensaba que la gloria de su padre y su propio divorcio, le proporcionarían notoriedad.

En una de esas esperas, una tarde de Noviembre, en tanto que la nieve y la lluvia mezcladas hacían un crepúsculo de barro, oyó una voz chillona y amanerada, y rodeándose, reconoció á Pablo de Fonteroy, sentado ante una mesa al lado del duque, su padre, vaciando su taza á pequeños sorbos. Se levantó y se aproximó á ellos orgulloso de

que le viera la gente en su intimidad. Pablo, que admiraba á Juana y que pretenciosamente, la mano en el aire, los ojos medio cerrados, la había declarado «reina de la democracia», se mostró desde luego amable con Francisco, y le manifestó deseos de renovar sus relaciones. Asociaba á su padre á sus proyectos, trataba al viejo con indulgencia, como á un hermano pequeño, un poco débil. Hablaba tan alto, que por toda la sala se extendía el eco de su voz. Movía sus dedos cargados de sortijas, su sombrero, su bastón de puño extravagante, reía echando hacia atrás la cabeza, y gritaba: «¡Es inaudito!», midiendo las sílabas, citando palabras de sus bellas amigas, de la señora de Jomenay, la persona más inteligente, la más sutil y la más rica de su tiempo.

Francisco le escuchaba con respeto, en una actitud de discípulo.

Pablo pasaba por capitalista, poseedor de un millón de renta, y se decía que no gastaba ni la décima parte de ella. Tenía á su viejo padre «de la brida,» por convenirle para la salud, según afirmaba. Sus dos hoteles contiguos en el parque de Monceau, encerraban colecciones maravillosas, que el duque no tenía derecho á disipar, ni á traspasar. Esto creaba entre los dos una situación bastante cómica, pero no disminuía su mútuo afecto. Estos dos formidables egoistas habían adorado á su mujer y madre, y les unía ese caro recuerdo. Contrariamente, á la costumbre de su mundo, se tuteaban.

Juana entró con su madre y con Mina Charamol, á quien habían encontrado en casa de la modista. La curiosidad, en la judía, había sido más

fuerte que su amistad con Laura Montmeián, de suerte que un mismo velador cargado de tazas, reunía á los antiguos concurrentes al salón de la calle de Borgoña. Este fué para Juana un buen momento. Cumplimentada por los Fonteroy, vestida con gusto, se sentía alegre, y pudo creer que la sociedad la abría sus puertas de par en par, por las cuales entraba triunfante en aquel París severo con la bohemia. Ella, por su parte, tenía *esprit*, sabía agradar.

Lisonjeada su vanidosa mamá también de figurar entre tan noble compañía, se hispía, cogía su taza de té con mano segura y engullía á más y mejor las tostadas con manteca. Interpelaba al viejo Fonteroy llamándole por su nombre de pila: «¿Se acuerda V., mi querido Norberto?» y guiñaba un ojo, se movía, se impacientaba, se escusaba, se contenía con pena para no recordar el pasado, «los buenos tiempos,» los días robados en común al indulgente Verneuil.

Estas familiaridades y estas maneras entristecían á Francisco, amargaban su placer, hasta el punto de que sintió alivio cuando los Fonteroy se decidieron á marchar. Pablo, enredando con su pequeño bigote, prometió solemnemente á Juana hacerla una visita en su casa de la plaza de Vendôme.

—No tengo día señalado para recibir, á causa del luto, pero V. me encontrará seguramente todas las tardes á las seis—dijo ella con una mirada clara y lánguida.

Algunas veces Francisco, por variar de distracciones, se iba con Darnot al Hamman.

—Te aseguro, viejo mío, que esto es indispen-